

ESPECTACULOS - ESPECTACULOS - ESPECTACULOS

El Centenario de Josefina Lerena

Se cumplieron cien años del nacimiento de Josefina Lerena Acevedo de Blixen (el 13 de febrero de 1889). Uno de sus hijos, Hjalmar Blixen Lerena, prestó a esta cronista abundante material para recordar su personalidad y su obra. Resulta difícil elegir pasajes entre sus escritos; pasajes que recuerden su alma de pensadora, su sensibilidad, su clara y simple manera de exponer, directa e inteligentemente, cada concepto. Decía en sus pensamientos: "Vivir sólo por un ideal, aun cuando éste fuera el más puro y magnífico de los ideales, es empresa de locos, pero vivir sin ninguno, es solución de necios", o también: "Tan variable es el espíritu, que de continuo ha de hallarse el hombre ante el dilema de tener que romper el pacto que hiciera con sus acciones anteriores, o de ser consecuente con un espíritu que ya no reconoce como suyo"; y en otro se lee: "Hay que tolerar en los demás los defectos que menos nos molestan, los que concuerdan mejor con nuestra manera de ser; en una palabra, los que tengan mayor afinidad con los nuestros". En su página femenina para "El Nacional", escribía el 5 de octubre de 1930, bajo el título de "Escuelas agrícolas femeninas", algo que tendría vigencia hoy: "La sentida necesidad de sacar más provecho de la tierra, ha iniciado una evolución hacia las tareas de campo, planteando el problema del aprendizaje como consecuencia de este orden de cosas. Las escuelas agrícolas que aseguran la competencia de los directores, de los peritos y de los prácticos, han tenido el apoyo de la juventud que se dedica a cuestiones rurales. ¿No sería preciso ampliar esta enseñanza, haciéndola extensiva a las mujeres, destinadas a ser sus compañeras y sus preciosas colaboradoras?".

Sus obras inspiraron elogiosas cartas de Carlos Reyes, Joaquín J. Argote, Eduardo Dieste, Julio J. Casal, Fortino Ibarra de Anda, Montiel Ballesteros, Eduardo J. Couture, Gabriela Mistral, Arturo Capdevila, Juana de Ibarbourou, César Tiempo, Gastón Figueira, Eustaquio Tomé, Raúl Montero Bustamante, Emilio Frugoni, Carlos Real de Azúa, Esther de Cáceres.

"Yo voy hacia su libro como al borde de un sueño; voy en puntas de pie, para no despertar la terrible inteligencia, que no es la que lleva en sí la

creación del sueño. Usted también dice su sueño "A media voz" y con su mano ahuyenta los otros pensamientos que quieren interrumpir su ritmo. Felisberto Hernández".

Gozar con esta carta y buscar en los artículos que Josefina Lerena Acevedo escribía para "El Nacional" en 1930 y 1931, el núcleo que convertía a esta aristocrática señora en una literata pensadora que batallaba desde las columnas del diario "El Nacional" por los derechos civiles de la mujer, por la vida de los animales, por la limpieza de la ciudad, por el silencio en las calles inundadas de bocinas y campanadas dando las horas aun durante las noches; permite encontrar puntos de contacto con el poeta que se dan tal vez en una atmósfera de melancolía que más que teñir entona los escritos que se refieren, antes que al sueño, a las realidades de la actualidad; y antes que a la noticia, al estado de las cosas. De sus pensamientos publicados en la Revista Anales, dijo Carlos Vaz Ferreira "...son muy buenos (o por lo menos, me lo hace creer el hecho de que yo desearía que la mayor parte de ellos se me hubieran ocurrido a mí). La sinceridad de mi elogio se manifiesta en que no agrego frases".

Hija del Dr. Andrés Lerena, abogado, periodista, político del Partido Blanco, y de Paulina Acevedo, nació en casa de su abuelo en la calle San José entre Andes y Florida. Su padre fue revolucionario en 1890 y en 1907, vinculado a Diego Lamas. Su madre "era una mujer bellísima y llena de virtudes. A los trece años era ya una admirable pianista y tocó en un concierto en el Teatro Solís y en varias ocasiones. Pero luego dejó de tocar el piano, por lo menos en público", se lee en una de sus obras. Su abuelo paterno, don Avelino Lerena, era poeta. Hombre muy rico, actuó en política activamente, era amigo de Juan Antonio Lavalleja, el jefe de la cruzada libertadora de los Treinta y Tres Orientales. Ambrosia Traibel, abuela paterna, era de ascendencia andaluza y alemana. Su abuelo materno era el eminente Eduardo Acevedo, autor del primer proyecto de código civil del Uruguay y coautor del código de comercio argentino, luego sancionado como código uruguayo también. Cuando murió, su esposa Joaquina Vázquez escribió su historia. Josefina la define: "Era una

mujer inteligente que estudiaba astronomía, lo que resultaba rarísimo en aquella época en Montevideo, y caso único si se considera que se trataba de una mujer".

Todas estas características de sus padres y abuelos permiten comprender el entorno en que se desarrolló la educación de Josefina Lerena Acevedo de Blixen; explican su interés por el estudio de la filosofía, su empeño en defender los justos ideales, su forma incansable y continua de trabajar, si se tiene en cuenta que sólo fue al colegio hasta cuarto año de primaria según la costumbre de la época, se casó con Mario Blixen el 3 de enero de 1916 y tuvo cuatro hijos: Hjalmar, Julio, Olaf y Sonia. Josefina era autodidacta, pese a que en su primera juventud no se le permitía leer y lo hacía a escondidas, en la buena biblioteca de su casa.

¿Cómo era de niña? En sus escritos, ella misma se describe: "En cuanto a mí, era una criatura tímida, como una pobrecilla, callada, pálida, física y mentalmente, insignificante en todo sentido, porque si parece que a los dos años de edad era una preciosa nena que la gente paraba en las calles, después desde que yo me acuerdo era yo la que miraba con envidia a las otras niñas de rulos como de oro con ojos de mar, sonrosadas como rosas. Y así, yo era la más insignificante de mis primas y de mis compañeras de clase y me sentía hundida en mí con mi cabello lacio como el de una india, mi rostro descolorido, pasando por todas partes como una sombra".

La familia Lerena quedó sin recursos económicos luego de la revolución del 97 y Josefina se vestía con telas viejas, durmiendo en un catre hasta los quince años, siendo su única ocupación, coser y descoser la ropa familiar. Pero fue enviada a Buenos Aires donde en casa de su tía doña Joaquina Acevedo de Acevedo, comenzó a frecuentar la alta sociedad, perdió su timidez y recogió admiración y simpatía de quienes la conocían. De su tía escribió "una mujer extraordinaria, inteligente, adorable, que modeló su personalidad, disipó su timidez, iluminó su voluntad".

Al volver a Montevideo, su padre se había sacado la lotería y toda la familia viajó a Europa: París, Londres, teatros, iglesias, museos, castillos, ampliaron su mundo interior y social. Al volver, ya se

había convertido en una señorita elegante. Su profundidad e inteligencia no la fijaron en esta imagen. Cuando Alemania invadió Bélgica, durante la guerra de 1914, Josefina funda una comisión para ayuda del pueblo belga y aunque la idea al principio levantó resistencias en el gobierno y la prensa, la labor fue un éxito y se recaudó una suma que se entregó al Cónsul de Bélgica.

Ya casada, vivió con sus padres en la casa de Lucas Obes 92, donde había nacido Julio Herrera y Reissig. Luego se trasladaron a la quinta de la calle Agraciada 3617, en el Paso Molino, cuando murió su hermano Andrés Héctor y cuando Arturo Lerena todavía era soltero. Fue en medio de esta vida que Josefina empezó a pensar en escribir. Comenzó por crónicas de modas en la edición vespertina del diario El Día, llamada El Ideal. "Posiblemente —dice— yo encaré la moda como literatura de la moda, no me animo a decir filosofía. Escribí frases más o menos bellas sobre motivos triviales y dado que mi posición estaba totalmente alejada de la intelectualidad, la gente se complació leyéndolas". Marcada por una inteligencia modestia, continuó dirigiendo una página femenina en "El Nacional" de Carlos Quijano. Y cuenta que "... cuando en un ómnibus encontraba a alguno leyendo mi página yo me sentía triunfante".

"Mis cuartos de hora" fue su primer libro de pequeños ensayos que presentó a concurso del Ministerio de Cultura (entonces de Instrucción Pública). Eran treinta y cinco concursantes. Por comentarios posteriores supo que le faltó un voto solamente para ser premiado, pero rompió el libro y decidió esforzarse nuevamente. Con la poetisa Sara Bollo dirigieron durante un año un espacio radial que se llamó "Hora ensayo", con reportajes a intelectuales y recibiendo a los poetas, leyendo crítica literaria. Después, en 1934, escribió A media voz; Entre líneas (1938), Cristalizaciones (1940), Biografía novelada de Carlos Reyes (1943), Antología de poetas armenios (1944), Contraluz (1948), Alto camino (1955), Del espíritu de paz (1960), Novecientos (1967), Meditaciones y la fe está en la tierra (1967), Melancólicamente (1977). Sus obras "El libro de las virtudes" y "Cómo conocí a...", están inéditas. (Apuntes de E.R.)